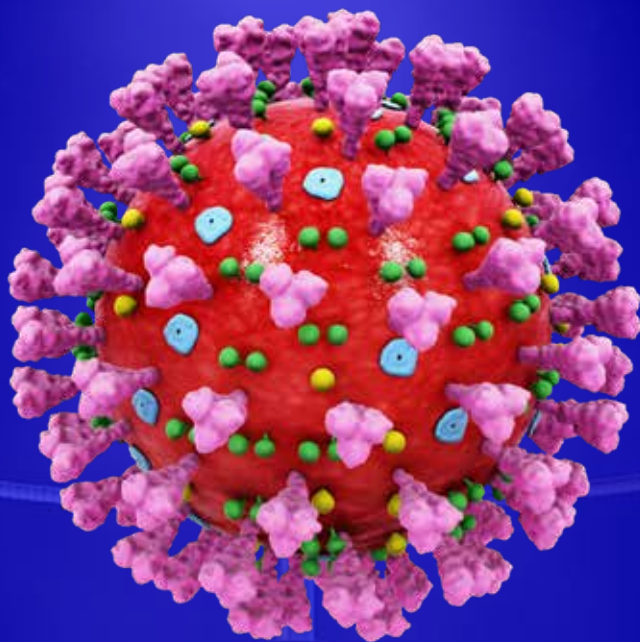


# CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



**Gamaliel Alejandro Flores García**

**Roberto Javier Acuña Gutiérrez**

**Alier Ulises Blancas Pérez**

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

**PUBLICACIONES**

Séptima semana  
del sábado 2 al viernes 8 de mayo de 2020

## Resultados

Después de haber leído los 32 trabajos enviados a la Convocatoria de crónica UN VIRUS SIN CORONA (Semana 7 y última) y de evaluar las diferentes propuestas, el jurado conformado por Ana Franco Ortuño, Yunuen Díaz y Fernando Herrera Gómez, ha decidido otorgar los nombres de las siguientes crónicas como ganadoras: En primer lugar *Flores Negras de mayo* correspondiente al concursante Gamaliel Alejandro Flores, quien refleja en su texto una serie de realidades alternas a los discursos oficiales, con respecto a las recomendaciones de encierro y cuidado de que dependen la salud, y la vida, en momentos como el que vivimos. La crónica de Flores muestra un anecdotario cotidiano de los jóvenes trabajadores de un *call center*, que no están en posición de perder su empleo; en segundo lugar la crónica *Necesitamos un Guillermo del Toro* de Roberto Javier Acuña, por expresar en un lenguaje claro y eficaz las experiencias de la pandemia, teniendo como apoyo referentes del cine, la televisión y la comunicación en línea, lo cual convierte al texto en una reflexión contemporánea; y en tercer lugar, la crónica de Ariel Ulises Blancas *Verduras frescas, amargas penas*, por considerar que es un texto escrito desde la misma experiencia del hijo de un vendedor callejero de frutas y verduras en la ciudad de México. No se trata del texto de un periodista, ni de un intelectual o un escritor profesional, y por lo mismo, damos por sentado que encarna un testimonio vívido de las condiciones en las que pasan la pandemia esos seres anónimos, que generalmente carecen de voz. El jurado recomienda que se revise su redacción, de común acuerdo con el autor, antes de su publicación.

Por último el jurado quiere exaltar la iniciativa del Área de Publicaciones de la Coordinación de Difusión Cultural y Extensión Universitaria de la UACM por promover este tipo de eventos que incentivan la escritura, y que se haya escogido esta temática tan dolorosa y palpable como lo es esta crisis mundial desatada por el Coronavirus

Ana Franco Ortuño, Yunuen Díaz y Fernando Herrera Gómez

# Crónicas de un virus sin corona

Gamaliel Alejandro Flores García

Roberto Javier Acuña Gutiérrez

Alier Ulises Blancas Pérez

Ganadores de la séptima semana  
del 2 al 8 de mayo de 2020

**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

  
PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Séptima semana

## Flores negras de mayo

Gamaliel Alejandro Flores García

*Me hacen daño tus ojos / me hacen daño tus manos / me hacen daño tus labios...* Y la mañana del seis de mayo se desnuda frente a la ciudad, el público está mermado y cansado. Jamás un amanecer había sido tan doloroso. El traje de lentejuela amarilla sube y sube hasta lo más alto de la tramoya, mientras todos los demás ignoramos la cotidiana desnudez del día. Algún revoltoso se quedará prendido a esa carne alba, al menos lo que dura en llegar un estornudo, para después cubrirse la curiosidad con el ángulo del codo.

*Y a mi sombra pregunto / si esos labios que adoro, / en un beso sagrado...* La ciudad se está quedando sin defensas mientras en mi trabajo las voces se suceden sobrepuestas, esperpentos bilingües que no paran. Trabajando casi codo a

codo, espalda con espalda. Si te recargas de más en tu silla, esa pelusa que sientes en la nuca es cabello. Al menos ahora estamos obligados a usar cubrebocas, en caso de no tenerlo somos acreedores a una sanción. El otro día la empresa casi se hace acreedora a una. Llegó salubridad y con presteza hicieron lo que se debía desde hace tiempo: enviar a todos a sus casas, separar a la gente metro y medio. Aquella vez descansé, no pude ver el milagro de ver cerrado el *call center* en el que llevo meses trabajando de nueve a siete.

En mi hora de comida, como casi siempre, me acompaña mi amiga Rosalí, es venezolana y chistosa. Las últimas semanas me ha enseñado algunas expresiones margariteñas. No come arepas porque, como los tacos, no saben bien si están frías. Hoy más bien trajo pizza y come discreta mientras mira su teléfono celular. Dos mujeres que laboran de intendencia recorren el comedor, sin cubrebocas ni guantes. Pasan un trapo sobre las superficies blancas de las mesas redondas. La fila de la cafetería se apretuja para ocupar el menor espacio posible. Huele a *cotufas*. «El viejo toche que fue ayer a mi casa era un pajúo de aquellos». Me encantan

esas dos palabras: «toche» y «pajú». Imagino que hago una canción donde se repitan mucho, con un buen ritmo. Interrumpo la historia de mi amiga y golpeo la mesa burdamente, comienzo a cantar: «To-che pajúo, toche pajúo, to-che pajúo». Y después le cuento que la canción *Move your feet* es de un grupo sueco o suizo. «Cantaban en inglés, pero si te fijas bien la letra no dice nada». La música, en su alegre sinsentido, es más contagiosa que un virus.

Regresamos a las teclas, los gritos, los malentendidos. Seguimos un *script* que debemos respetar para no ganarnos una sanción. No podemos colgar las llamadas, no podemos tardarnos más de diez minutos en contestar. No podemos leer. Tenemos dos recesos de diez minutos cada uno y siete minutos para ir al baño. Aparte de nuestra hora de comida. Pero no nos pagan tan mal: sesenta pesos la hora, siempre y cuando no lleguemos tarde, ni nos pasemos de tiempo en nuestros recesos, ni nos enfermemos. Hay trabajos más agresivos que una enfermedad.

*Y aunque viva prisionero / en mi soledad, mi alma te dirá...* Después de la ardua labor que requiere el servicio al

cliente, salgo con dirección a Cuauhtepc a ver a mi mamá. Le tengo que ir a llevar su regalo del día de las madres. En el metro, dos niños se suben con franelas y atomizadores, comienzan a disparar al suelo y a frotar los tubos. «Somos vagoneros que, debido a la contingencia, nos vemos en la necesidad de salir de nuestros hogares para llevar a casa un par de monedas, en esta ocasión, y como apoyo a la comunidad, estamos limpiando los vagones del metro, con lo que guste cooperar, muchas gracias». Hay costumbres que mutan más rápido que un virus. Pedir limosna es una de ellas.

La ruta dieciocho rabiverde y destartalada, devora kilómetros y pasajeros. Por sus cumbieras, salseras, regueteras, rancheras fauces, desfilan los pesos de los cuauhtepños. Orgullosos sierradeguadaluperos abordan y se apretujan. No hay tiempo para taparse las muecas, no hay guante asfíxante que valga. Sin embargo, pese a que algunos han decidido usar los de goma, confiables y veteranos aliados en la lucha del hombre contra la bacteria, la aplastante mayoría porta sólo la habitual piel de sus falanges. Al barrio no se le contagia la precaución.



*Flores negras del destino / nos apartan sin piedad / pero el día vendrá en que seas...* Entre las unidades habitacionales el Arbolillo II y el Arbolillo III hay una laguna. Es uno de mis primeros recuerdos de la infancia. En su costado aprendí a montar bicicletas y, en las temporadas en que estaba seca y caminable, a volar un papalote. Varios balones terminaron, después de sendos y espectaculares goles, en sus aguas y algunos cuentan que han visto fantasmas de colores caminando en las orillas. Es realmente grande. En ella caben todas las esperanzas de la ciudad. Todas las acciones buenas y el apoyo. Sólo espero que alguien se atreva a sacarlas de allí.

Con el sol muriendo detrás, toco la puerta con la contraseña que nos enseñó mi padre: tun tun-tun tun tun tun tururuntu tururuntu. Mi mamá abre con los ojos rojos y la nariz morada. En su mirada cabe toda la tristeza de la ciudad. Todas las culpas y maltratos. Sólo espero poder sacarlas de allí con un beso o con un abrazo. Pero tendrán que esperar a que todo esto termine y, después un poco más tal vez.

—Se murió Óscar Chávez —me dice y la voz se le distancia separándose en recuerdos que se alejan dentro de las últimas horas del día, cuando el espectáculo ha terminado y las luces mueren entre bastidores. La mañana, agotada y vuelta tarde, se sienta en su camerino, vuelve a arreglarse; falta poco para que inicie la segunda parte de su espectáculo, en otro escenario; uno que últimamente se parece mucho al primero y que tiene de fondo *Flores negras*.

GAMALIEL FLORES (Distrito Federal, 1993) estudió la Licenciatura en Creación Literaria en la UACM. Participa en el proyecto colectivo de video blog «Literaturba». Fue finalista del Primer Premio Carlos Monsiváis de Crónica Breve (2019). Es comedor compulsivo y caminador de las calles de la ciudad. Se amamantó de una de las antenas del cerro del Chiquihuite, en la hermana república de Cuauhtémoc; pulió las suelas de sus tenis en las retas pamboleras de Zacatenco y se ennegreció de tinta en la Del Valle.

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Séptima semana.

## Necesitamos un Guillermo del Toro para el final del tiempo

Roberto Javier Acuña Gutiérrez

En 1976 apareció la película *El chico de la burbuja de plástico*, protagonizada por John Travolta. Me tocó verla en una de tantas retransmisiones por televisión, tenía nueve años, quizá menos y fue la cinta más aterradora de mi infancia, ni siquiera las de John Carpenter o las de Mario Bava me impresionaron así. La sangre y los engendros sobrenaturales nunca me espantaron. El ser humano es sanguinario, siniestro, es un monstruo por sí mismo, pero ver a un chico preso en una cárcel invisible me parecía inconcebible. Vino la viruela, el sarampión, la varicela, la rubiola. No acercársele al apestado, sigue siendo el mejor consejo, dejarle su plato en el umbral o que se lo dé otro igual a él, aquel de los estigmas

en la cara, el cacarizo, el marcado, el que padeció y vivió. Las cuarentenas despiertan el primigenio temor a la burbuja, porque los miedos jamás se van, con ellos hemos construido nuestras ciudades, nuestras casas, se quedan agazapados, respiran bajo los fierros de la cama y es mejor no mirar allí de noche, ignorar a los forjadores de oscuridad.

Observar el mundo y no poder ser parte de éste es quizá de las torturas más refinadas, por eso no tengo peces ni pájaros y odio los acuarios y los aviarios, detesto las peceras, incluso cuando mis padres me llevaban al zoológico, fingía alegría y más cuando pasábamos por la jaula del oso polar, con su prisión de dos niveles; en el más bajo, contemplaba siempre el agua turbia, se me pegaba a los ojos la negra humedad de la bestia; pero eso era una cosa, otra muy distinta que un hombre viviera rodeado de plástico —me decía de niño—. La actuación de Travolta, la manera de ver todo dentro de su confinamiento, era más real que lo real, y al mismo tiempo era similar a esas lágrimas del oso. No existían, me decía, porque los osos no lloran, no saben de prisiones, pero el chico que interpretaba Travolta sí lo sabía,

quizá el oso también, no sé, no hay nada más auténtico, más verídico que un niño contándose una película y los sentimientos de los animales.

La molestia persistía después de los créditos finales, incluso ahora porque parece suceder lo mismo: nadie se toca, tomamos nuestra distancia, nos encerramos. Mi cara es la de aquel muchacho y siento sin sentir la burbuja. Aunque acá falta algo, por más que Gatell todos los días repita lo que debemos hacer y muestre las gráficas del avance del virus, me parece falso. Necesito a un actor para contar todo esto o que la narración la realice Morgan Freeman.

Con el *film* empezaba a sudar, nada más verlo caminar dentro de la esfera me ponía los pelos de punta; de repente, tocaba desesperado la tela del sillón o los cojines o cualquier cosa a la mano; le silbaba a mi perro para sumergir mi tacto en su pelambre, ponía mi mejilla para que la lamiera; pellizcaba a mi hermana o le llamaba a mi madre con cualquier pretexto y tocaba sus manos, su pantalón, aspiraba su perfume. Cuando no aguantaba más, iba a la cocina a morder las frutas, a llenarme con el olor de la canela o las especias,

o salía a aullar, a reventar mis pulmones y mis rodillas, a tirarme en medio de la banqueta y los orines de los animales y escuchar la molestia de los adultos. La voz es una piel más y yo necesitaba palpar el ruido, las calles, los aromas de mi barrio.

Veo las imágenes por televisión, a las personas trasladadas en camillas que emulan la burbuja plástica y es casi, y digo casi, la misma sensación cuando niño, pero algo me sabe amargo. Parece una película, pero yo no sé actuar, me niego a interpretar un papel en esta pandemia de bajo presupuesto. Sólo se necesita mirar a los médicos tratando de acomodarse en esos trajes plásticos, un vestuario hecho a las prisas, sin detalles, sin las medidas exactas que requiere la talla de cada actor, tampoco aparecen las insignias bordadas del hospital; para nada emula al que usaría un doctor en una película de primer orden. El de nuestro gobierno se ve genérico, de baja calidad, así no son los trajes de una verdadera epidemia cinematográfica, les falta colorido, no logran aparentar ser una armadura para estos nuevos héroes contemporáneos, no relumbran al sol, ni espantan la noche, así no

se puede enfrentar al demonio; y ¿han visto los cubrebocas de los extras? Nadie se pondría una bolsa de plástico, una máscara de *stormtrooper* o de *Darth Vader* o un pedazo de botella de plástico o una escafandra de buzo.

¿Dónde está el vestuarista, el director, el coreógrafo, la maquillista, el fotógrafo! Así no se llenan salas; además, esos actores no han leído *Un actor se prepara*, no han medido la desesperación, la angustia requerida para cada uno de sus diálogos, no han encarnado a sus personajes. Recuerdo el video donde unos médicos intentan sacar a un enfermo de Covid, les falta prontitud para meterse a la casa, subir el cuerpo a la camilla y sacarlo en medio de..., ¿dónde está el millón de sirenas de ambulancias!, y las patrullas cerrando y acordonando la calle, porque quién creería el aullido de una sola sirena para tamaña peste. ¿Quién creería que en el momento de subir al enfermo éste se les cae de la camilla!

En la verdadera tragedia no hay humor involuntario, la escena se repite hasta quedar perfecta. Más real que la realidad, la vida no se queda así tan tirada, tan desguanzada. No me quieran engañar; en películas, por ejemplo,

como *Contagio* o *El día de la Independencia*, el presidente de los Estados Unidos jamás les diría a sus ciudadanos que se inyecten cloro o lejía para terminar con el virus. ¡Ese presidente norteamericano nos salva de extraterrestres, de Rusia, de Cuba, de los chinos y de nosotros mismos! No va a recetar inyecciones de cloro. ¡Por favor, más seriedad! Tampoco se va a morir el cantante del soundtrack de la película. ¿Quién acompañará los créditos, el momento de unión de todos los mexicanos mientras escuchan el discurso de Gatell? Primero sin sonido, su pura voz, después, al término de su monólogo, poco a poco se tiene que escuchar el rasgueo de una guitarra solitaria, seguido de un susurro hasta distinguir la voz de Óscar Chávez que acompañaremos con la mano en el corazón, y luego, la cámara enfocará a una persona de tantas que ve el discurso por televisión y comenzará a centrarse en su cara, luego en su mejilla hasta recorrer el trayecto de una lágrima, densa, gorda, una sola y que signa la esperanza, la fe contenidas en las palabras del subsecretario de Salud y el sentimiento del cantautor mexicano, porque, ¡carajo!, Óscar Chávez no se puede ir así como así,



sin tumulto, sin Bellas Artes ni las Islas de Ciudad Universitaria abarrotadas de personas cantando «Por ti», «Macondo», «Mariana» y tantas otras.

No me cabe en la cabeza que el hombre tenga tan poca producción, tan escasos recursos para filmar el principio del fin. Por favor, que alguien llame a Travolta o de menos a uno de los Bichir, Roberto Sosa podría ser Gatell, Damián Alcázar, «El peje»; el Cochiloco o Joaquín Cosío personificaría una especie de alegoría del Covid, y revivan a Óscar Chávez, ¡por Dios!, y que la película la dirija Guillermo del Toro, porque todos necesitamos un Guillermo del Toro para una película apocalíptica.

ROBERTO JAVIER ACUÑA GUTIÉRREZ (Ciudad de México, 1981). Es escritor, tallerista, profesor universitario en las carreras de Comunicación y Letras Hispánicas en la UNAM, y maestro cervecero en Chupamirto Casa Cervecera. Entre sus publicaciones se encuentran: *Tarde en recordar* (2017), editado por la Universidad Autónoma de Nuevo León. *Los ojos negros de la noche* (2019, Surdavoz), *Regusto a diablo* (2020, Tintanueva). Ha obtenido algunos reconocimientos literarios en cuento, ensayo y poesía. Su obra aparece en diferentes publicaciones culturales y literarias como *El periódico de poesía* de la UNAM, *La Otra*, la revista *Ritmo*, *Penumbria*, etc. Actualmente cursa el doctorado en Letras en la UNAM.

Tercer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Séptima semana.

## Verduras frescas, amargas penas

Alier Ulises Blancas Pérez

Las ventanas empañadas, una sensación gélida invadía los bordes de mi cama, los rayos del sol se asomaban y yo no esperaba que ese día fuera distinto a todos los demás, sin embargo, algo cambió. La pandemia de la que todo el mundo estaba huyendo, de la que se recluía, se informaba y escandalizaba estaba llegando a su fin, un halo de esperanza, fuerza y energía empezaba a vibrar por mi cuerpo, tenía miedo de siquiera salir de mi cuarto, no quería ir a trabajar y las noticias empezaban a cambiar sus tendencias, los leones sueltos por toda la ciudad, King Kong podía respirar por fin en paz, el nuevo lanzamiento de Lady... —¡Ramón, a desayunar, ya es tarde! —Mi madre me había despertado de aquel sueño bobo, cursi y sin trama.

En efecto eran las ocho de la mañana y mi padre ya me estaba esperando en la cocina para irnos a trabajar, hice todo tan de prisa que sentí que el cereal y los hot-cakes que me había servido mi mamá los traía atorados en la garganta. Tan pronto terminé saqué el diablito, monté los costales de cebollas, jitomates, limones, chiles, zanahorias y algunas frutas en él, todo fresco, todo bueno, y salimos en dirección al tianguis donde todos los martes solíamos ponernos. Al llegar al lugar mi papá colocó el puesto, montó los tubos, puso las maderas para extender la mercancía y rápido instaló la manta que nos cubriría del sol todo el día, muchos puestos ya estaban acomodados totalmente; hay algunos que llegan desde las seis de la mañana a apartar lugar y a acomodar absolutamente todo, ese día mi papá se mostraba un poco molesto por levantarme tan tarde y es que la noche anterior me desvelé leyendo «El laberinto de la soledad» de Octavio Paz, pero en fin, todo estaba listo en el puesto, las personas empezaron a llegar y yo a gritar «*¿Qué va a llevar güerita? ¡Pásele, aquí es, sí hay, sí hay!*» Eran apenas las doce

del día y unas personas con chalecos de la delegación Iztapalapa empezaron a quitar algunos puestos que consideraban innecesarios, como el de Juan, el que vendía películas pirata y al que, por cierto, le iba muy bien; el de doña Meche, que vendía trastes, vajillas y todo lo relacionado con utensilios de cocina; el de Miguel, Sergio y su mamá de la tercera edad, que era de ropa para chavas, gorras y tenis, y así distintos changarros, todos conocidos míos, todos trabajadores, pero ¡oh sorpresa! Ninguno se dejaba así porque sí, les decían a los chalecados que ese era su único sustento, que cómo le iban a hacer las siguientes semanas si apenas si iban al día, los *otros*, tan indiferentes, les contestaban que ellos sólo estaban haciendo su trabajo y que era necesario que se quitaran para tratar de frenar el virus Covid-19, que mientras menos gente hubiera en el lugar sería mejor. Todo iba bien, se quitaban lentamente sin querer hacerlo y aunque trataban de no, sus caras se mostraban repletas de decepción y duda. De pronto, de la nada, se empezaron a escuchar gritos, a tan solo tres locales de donde yo estaba, los de chaleco

estaban jaloneando a Víctor, el señor que vendía cosméticos con su esposa, lo sacaron de su local, lo empujaron y había caído, jamás debieron hacer eso; todos los comerciantes que estaban a su alrededor se acercaron a ayudarlo y empezaron a empujar a los de chaleco ¡Pum! Tiraron a uno, ¡Pum! Tiraron a otro, y don Víctor se levantó. —¿Qué les pasa?! Les dije que sí me voy a quitar, no dan chance de hacer las cosas bien, lo ven a uno jodido y ya quieren abusar. —Les gritó en cólera al mismo tiempo que buscaba a su esposa, que se encontraba en el local de enfrente, con doña Cirila, la de la comida oaxaqueña. Los de chaleco se incorporaron, ni perdón dijeron, se fueron y siguieron caminado por todo el tianguis. ¡Qué descaró! Mi papá ni estuvo durante toda la acción, se había ido al baño, al llegar me preguntó que por qué se estaban yendo los demás y le expliqué lo sucedido.

Durante el día seguí despachando, la mayoría de nuestra clientela eran mujeres y cada una traía su cubrebocas bien puesto, algunas traían careta y pocas pañuelos, yo, al ser el que atendía siempre y mi papá el que cobraba me empezaba

a sentir sofocado con mi cubrebocas verde y el par de guates de látex blancos que me había regalado mi mamá, que ya habían dejado de ser del todo blancos por todo el polvito y tierra que llegan a traer las verduras, aunque ya casi daban las cinco y se aproximaba el tiempo de recoger.

Por la noche, casi a punto de dormir, me puse a pensar todo lo que había sucedido a medio día; ¿Qué es lo que harían este par de semanas las personas desalojadas del tianquis para solventar sus gastos? ¿Los apoyos que había habilitado el gobierno seguirían disponibles para ellos? ¿Tendrían algún otro trabajo que les ayudase a sobrevivir la cuarentena? La verdad es que me sentía afortunado de vender frutas y verduras en este momento de crisis mundial y también recordaba como Octavio Paz describía en su libro al mexicano y cómo se asemejaba su descripción a lo que presencié esa tarde mientras vendía; tan impetuoso, jamás rajón, siempre mostrándose fuerte y valiente, cerrado al mundo, pero abierto a combatir con quien se ponga enfrente, a pesar de que por dentro se esté muriendo de miedo e incertidumbre,

con una máscara que lo recubre del orgullo de ser y también con la desdicha del no ser el *otro*, el dominante, no el dominado.

Mis ojos se cerraron poco a poco y mi respiración se tornaba más lenta, sentí que las palmeras de la ciudad empezaban a florecer, mis tenis negros estaban a punto de pisar la entrada de la universidad y las serpientes escalaban, una vez más, la paredes de los edificios, tratando de cazar a los conejos de diamantes en las azoteas pero, ¿Dónde había dejado mi tarro de cerveza? —¡Ramón! Estás roncando, acomódate bien, me chocas. —Dijo mi hermano menor. Había empezado a soñar otra vez.

ALIER ULISES BLANCAS PÉREZ es originario de la Ciudad de México, nacido en 1995. Licenciado en comunicación y cultura por parte de la Universidad Autónoma de la ciudad de México (UACM), impulsor del cuidado del medio ambiente en el Instituto de la juventud de la Ciudad de México (INJUVE) y difusor del respeto e inclusión por los derechos de las personas LGBT+. Amante de la música, las letras y el arte.

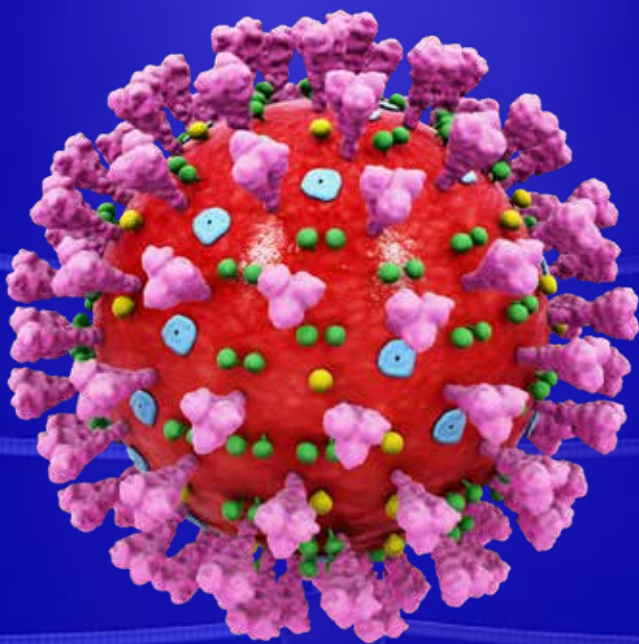


# Índice

- 5 FLORES NEGRAS DE MAYO  
Gamaliel Alejandro Flores García
- 11 NECESITAMOS UN GUILLERMO DEL TORO  
PARA EL FINAL DEL TIEMPO  
Roberto Javier Acuña Gutiérrez
- 19 VERDURAS FRESCAS, AMARGAS PENAS  
Alier Ulises Blancas Pérez



# Cultura Viva enCASA



**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
*Nada humano me es ajeno*

**Cultura**  
UACM

  
PUBLICACIONES